

## CENTENARIO DE MANUEL MORA VALVERDE Y LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA GUERRA CIVIL

*Macarena Barahona Riera*  
*lmacarena62@hotmail.com*

Recibido: 21 de octubre de 2009 - Aprobado: 21 de noviembre de 2009

### RESUMEN

Analizo las circunstancias históricas, coyunturas políticas nacionales e internacionales, en los días de la guerra civil en Costa Rica de 1948, el objetivo es presentar al lector un panorama adecuado para el testimonio de don Manuel Mora Valverde, líder del Partido Comunista de Costa Rica, diputado en esos años al Congreso de la República y contemporáneo cercano de Monseñor Víctor Manuel Sanabria y del expresidente Rafael Ángel Calderón Guardia.

**Palabras clave:** Memoria política-Testimonio- Guerra civil de 1948-Costa Rica- Movimientos sociales- Conquistas y derechos del trabajador- Democracia política- Democracia social.

### ABSTRACT

I analyze the historical circumstances, national and international political conditions, in the days of the civil war in Costa Rica of 1948, the objective is to present the reader an adequate panorama for the testimonial of Manuel Mora Valverde, leader of the Communist Party of Costa Rica, Deputy in those years to the Congress of the Republic and close contemporary of Monsignor Víctor Manuel Sanabria and ex-president Rafael Calderon Angel Guardia.

**Key words:** Political memory- Testimony. Civil war of 1948- Costa Rica- Social movements- Conquests and rights of the worker- Political democracy- Social democracy.

El documento que presento, a continuación, fue elaborado por Manuel Mora Valverde en 1981, aprovechando la lectura que hiciera, a solicitud de Arnoldo Ferreto Segura, sobre el material autobiográfico que él elaboraba, de su propia experiencia en esos aciagos días.

Es para mi, un pequeño homenaje haber custodiado este documento, por mi pasión hacia los hechos históricos y en especial por los intensos días en que investigué, sobre la historia política de la lucha de los derechos políticos de

la mujer y luego, en distintas ocasiones sobre la guerra civil.

Pasé largas horas conversando con don Manuel Mora en su cálida salita y biblioteca, donde la presencia de Isabel Carvajal, se evocaba, en los recuerdos personales y en algunas pinturas, y parecía que lo acompañaba siempre.

Su lucidez y memoria cautivaban, su generosidad, en obsequiar tanta información y análisis; don Manuel estaba siempre, para conversar, para hacerle preguntas, hasta el final de sus días.

La guerra civil se convirtió en un gran pasaje, donde por supuesto, cada líder político, tuvo y tiene, su perspectiva precisa y personal, como debe ser.

Cuando conversé, por primera vez, sobre estos acontecimientos, su memoria estaba rejuvenecida por el encuentro con José Figueres y Benjamín Núñez, porque recientemente se había filmado, por parte del Ministerio de Cultura una valiosa recreación histórica del Pacto de Ochomogo. (Recreación hecha por Víctor Ramírez en 1981 para el Centro de Cine del Ministerio de Cultura).

Es precisamente en esos días, que elaboró este material, y lo presentó al entonces, Comité Central del Partido Vanguardia Popular, copia que me facilitó y presento ahora, como un homenaje en el centenario de su nacimiento. Y con el objetivo, de que se conserve dentro de los medios académicos con que contamos en nuestra sociedad y sobre todo para que, sean estudiados y leídos, por un público más amplio; estudiantes, investigadores y ciudadanos y ciudadanas, que ponderan nuestra historia política y cívica, como un norte constructivo hacia un mejor futuro.

La Universidad de Costa Rica, espejo de lo mejor y lo peor de nuestra vida social y política, es el espacio pertinente para dar a conocer la memoria de uno de sus líderes políticos de indudable calidad moral y cívica, en esos aciagos acontecimientos, que sesenta años después, aun forman parte de enconos, tragedias familiares y replanteamientos históricos.

Es la Universidad de Costa Rica la institución que inició con su refundación en 1941, la vanguardia de generaciones de nuevos profesionales, siendo parte esencial la Escuela de Derecho, de donde se había egresado Manuel Mora Valverde, Ricardo Coto Conde, Teodoro Picado, Alberto Cañas, Fernando Soto Harrison, Jaime Cerdas y otros destacados abogados.

Los primeros estudiantes de la Escuela de Derecho de la nueva Universidad de Costa Rica, como Arturo Montero Vega, Fernando Guier, o Gonzalo Facio Segreda, van a formar parte activa de la década de los cuarenta, de la guerra civil y sus consecuencias. Unos vencedores de la guerra civil y otros proscriptos o exiliados, o

encarcelados; pero que siguieron formado parte de nuestra sociedad.

La década de los cuarenta es, según mi reflexión personal, el ocaso de la época patriarcal, era de liderazgos entre liberales y conservadores, donde la afinidad familiar y económica de la elite del poder, se distanció no por cuestiones ideológicas, sino por la cercanía o divergencias, de las políticas sociales de la Iglesia Católica, y en su liderazgo, de Monseñor Víctor Sanabria y de las relaciones con los representantes diplomáticos de Estados Unidos y de sus Compañías Bananeras.

*"Alguna vez cuando ya fuimos amigos, y lo fuimos por mucho tiempo, él me dijo: Don Manuel, mientras yo sea jefe de la iglesia costarricense esta estará al servicio de los pobres y no al servicio de los ricos. Y luego me explicaba como realmente la iglesia en Costa Rica estaba sostenida por los pobres, por las gentes más humildes y no por los poderosos ni por los capitalistas costarricenses. Eso me explicó muchas veces Monseñor, él venía del pueblo, era de origen campesino y nunca perdió su contacto con el pueblo y por consiguiente, conocía sus sufrimientos, la tragedia de los obreros, de los campesinos, de la clase media de nuestro país y sentía claramente la necesidad de una reforma social. Monseñor decía que si la Iglesia se opone a que la sociedad se transforme, si es aliada a los enemigos del pueblo, de los grandes consorcios, de los grandes monopolios extranjeros, por consiguiente es cómplice de los crímenes que se cometan con las grandes masas populares" (Bulgarelli; 1969,121).*

Ocaso de una era, mitad de siglo. Se coronaba así mismo, una época álgida en las movilizaciones populares y en sus demandas y conquistas sociales, lideradas y sustentadas, desde inicios del siglo XX, por corrientes ideológicas, anarquistas, socialdemócratas, comunistas, reformistas, fascistas, numen ideológico de las guerras mundiales de Europa y del desarrollo del capitalismo industrial y sus luchas anticomunistas y represoras de movimientos sindicales y populares.

El desarrollo de las nuevas relaciones sociales, donde la clase media, artesanal, obrera y capacitada del sector público, puso políticamente en evidencia, lo anquilosado del sistema político, fraguado por décadas anteriores, en la desidia y el control de la elite política y económica.

El Partido Comunista fue fundado el 16 de junio de 1931:

*"El proceso de evolución orgánica del movimiento social, está en marcha, lo que podemos constatar porque en dicho período fue madurando la idea de un partido obrero. En esa dirección se realizaron varios intentos, tales como: La unión Obrera en 1916, Conquista y Derecho en 1919 y el Partido Socialista; en este mismo año, que participaron de lleno en el Partido Reformista. El proceso culminaría con la fundación del Partido Comunista Costarricense, en 1931" (Oliva, 1997:47).*

Constituido por organizaciones sindicales, de trabajadores obreros, artesanos y maestros, empleados públicos, y profesionistas jóvenes; heredero de la Asociación Revolucionaria de Cultura Obrera (ARCO), de la Confederación General de Trabajadores (CGT), de 1913, del Centro Germinal, dirigido por Omar Dengo, del primer partido socialista fundado por el Dr. Aniceto Montero; de la Liga Cívica, dirigida por Doctor Moreno Cañas, de la Alianza de Obreros, Campesinos e Intelectuales fundada por Joaquín García Monge y de las organizaciones anteriores de trabajadores.

Se impulsó una lucha política que promovió "una organización popular que buscaba en su propia realidad la definición de los problemas nacionales y las respuestas que les podría corresponder desde su particular perspectiva, por medio de reformas sociales y políticas que modernizaban, hacían funcionar y por ello consolidaban el sistema político liberal del país". (Cerdas, 1986:357).

Logró, el naciente partido, transformar políticamente las luchas sindicales y populares, en un movimiento de masas, que culminó con las reformas sociales que aun hoy gozamos y también con la terrible reacción de clase y la consiguiente represión de la guerra civil.

El Partido Comunista visualiza su oportunidad histórica de acceder al poder y a la política nacional, a través de las emblemáticas instituciones del sistema democrático costarricense, como es el Congreso Nacional de la Republica. Se dirige a trabajar a lo que llama Manuel Mora Valverde "una revolución social", con la presión organizada de sindicatos y organizaciones comunales, y de sus diputados y representantes en los gobiernos locales: Política de presión popular y de alianzas

El doctor Calderón Guardia poseía una imagen pública de acendrado cristianismo y de benefactor social. Fue el mejor candidato de la burguesía oligarca. Se conformó en una verdadera alternativa ante el resquebrajamiento de los anteriores gobiernos que perdían el apoyo y la confianza de los sectores populares ante el avance del apoyo al Partido Comunista. La presión de las masas, dirigidas por el Partido Comunista, aumentaba, el estancamiento económico necesitaba una transformación de las formas de acumulación del capital, la pobreza y vulnerabilidad de la clase trabajadora era extensiva como problema nacional; una modernización capitalista era inevitable.

Los principales grupos de presión apoyaron a Calderón, la oligarquía agro-exportadora financió su campaña con una imagen conservadora que a la vez apoyó la Iglesia. El apoyo del presidente León Cortés Castro fue fundamental, le proporcionó la asistencia oficial con los medios del gobierno para la propaganda y fue casi ausente la oposición.

En los primeros dos años de gobierno introdujo las leyes de seguridad social y la Caja Costarricense de Seguro Social para administrarlas. La seguridad social sería financiada, en parte, por las ganancias del patrono y en parte por el salario del trabajador. La clase capitalista mantuvo una fuerte oposición pues entendía la legislación social como un avance del comunismo internacional.

En ese mismo año, 1942, se introdujo una legislación adicional conocida como "Garantías Sociales", donde se integraban el salario mínimo, la jornada de ocho horas, el reconocimiento legal de los sindicatos, el derecho de los trabajadores

a una vida decente, condiciones mínimas de higiene en el lugar de trabajo, la obligación del Estado de suministrar educación y prioridad del nacional sobre el extranjero.

*"... el impacto del Código de Trabajo fue tan fuerte que a partir de su promulgación, 125 sindicatos más entraron a formar parte de la C:T:C:R en los dos años siguientes. La movilización de los trabajadores y el apoyo del Partido Comunista alcanzaron su apogeo histórico en estos años" (Schifter:1982,66).*

El apoyo del Partido Comunista al Gobierno fue sustentado en la defensa de la Legislación Social y para impedir contradicciones con la Iglesia Católica, el Partido cambió el nombre por el de Vanguardia Popular, con el beneplácito de Monseñor Sanabria, conocido por sus posiciones en beneficio de las clases marginales.

"Esa legislación social fue hija de una conjunción de factores muy importantes que resumo de la siguiente manera:

1. Una evolución democrática del pueblo de Costa Rica muy importante y de larga trayectoria,
2. El desarrollo del derecho obrero en escala mundial, sobre la base de grandes luchas de la clase trabajadora,
3. La existencia y el arraigo de Costa Rica de un Partido que fue capaz de movilizar grandes masas sin economizar ningún sacrificio,
4. La ocupación de la Presidencia de la Republica en nuestro país por un hombre conciente y valiente que fue capaz de arriesgar su alto cargo, antes de sacrificar el impulso revolucionario de su pueblo,
5. La presencia en la vida nacional de un Arzobispo ilustre que tuvo la capacidad de colocar por encima de una clase de prejuicios y amenazas los intereses de su pueblo" (Mora:1990).

Teodoro Picado heredó el resentimiento y la oposición de los sectores dominantes

a la legislación social de la administración anterior de Calderón Guardia. La oposición se unificó alrededor de León Cortes primero y Otilio Ulate posteriormente, que representaron al sector capitalista y conservador y al Partido Socialdemócrata (José Figueres y otros), fundado en 1945.

*"A esto se había unido otra coyuntura: al terminar la guerra mundial y promoverse un distanciamiento entre Moscú y Washington a causa de las discusiones sobre la posesión de Berlín y especialmente la política de la URSS en Europa Oriental (1945-1946), los partidos comunistas de América Latina pasaron a formar parte de las filas enemigas a las que había que combatir ideológicamente-aunque también directamente. La alianza entre el Republicano y la izquierda costarricense ya no era agradable para el gobierno de Estados Unidos" (Díaz:2003,25).*

El Partido Comunista intentó cuestionar y demandar al gobierno una actitud más agresiva contra la corrupción y la carestía de la vida, aunque no abandonaba la alianza con el Partido Republicano, insistiendo en la necesidad de una unidad democrática, progresista y antiimperialista hacia las elecciones presidenciales de 1948.

El Presidente Picado "se empeñó en dotar al país de una moderna legislación electoral que garantizara la legitimidad de las elecciones de diputados en 1946 y presidenciales en 1948. Con esta Reforma Electoral quiso evitar la guerra civil-el mayor de los males que puede sufrir una sociedad-, desenlace que se veía venir ante la gran violencia que se daba en el enfrentamiento de los principales partidos que se disputaban el poder político. Infortunadamente sus esfuerzos fueron en vano y estalló la guerra civil en 1948. Supo manejar la situación con serenidad y capacidad de sacrificio personal, como se evidencia con la firma del Pacto de México y en la manera que se retiró de la Presidencia sin romper el orden constitucional" (Picado: 2001, XXIV).

El Código Electoral a que se refiere, fue presentado al Congreso Constitucional de la Republica por el Licenciado Luis Carballo a nombre del Partido Vanguardia Popular.

El Partido Vanguardia Popular pudo haberse separado en esos momentos previos a la anulación de las elecciones de Febrero de 1948, seguros de su ilegitimidad, pero convencidos que solo así podían defender las recientes conquistas para la clase trabajadora. Conquistas sociales que fundaban ideológicamente la esencia de la revolución social, que percibían se iba iniciando en un indetenible camino.

Puede una considerar, que la lucha social, hizo debilitar la perspectiva política, en cuanto a las verdaderas alianzas para enfrentar la oposición organizada militarmente por José Figueres y sus aliados de la Legión del Caribe, pero pudo más la capacidad de Figueres para aliar a diferentes grupos a su favor y convocar con agresividad y violencia a grupos armados en contra del gobierno y sus aliados: los comunistas.

Dos abstenciones, Jaime Lobo y Manuel Mora. Diputados que analizaron de manera diferente, esos cruciales momentos.

La mayoría democráticamente, estableció la línea y siguió como sabemos la historia hacia la violencia.

Las instituciones políticas: el Tribunal Electoral, desde que Teodoro Picado lo entregara al control de su oposición política, estaba limitada como institución democrática de parcialidad.

El Plenario Legislativo, con los republicanos y la alianza comunista, el Ejército no evidenció en los 40 días de la guerra una eficiencia superior a los grupos armados de Figueres, su estrepitosa y decadente derrota en la defensa del gobierno constitucional así lo recuerda.

Los comunistas defendieron obstinadamente un régimen que era su propia trampa, ellos se reconvirtieron en los enemigos mismos del sistema democrático de figueristas y calderonistas.

Pusieron las víctimas, las convicciones y pagaron por todos. Calderonistas y comunistas, cristianos y costarricenses, ideologías, prepotencia y soberbia, más dictaduras y poderío imperial; todo esto marcó inequívocamente los días de la mitad del siglo XX en nuestro país.

La cercanía de un proceso de industrialización, una búsqueda de un modelo de desarrollo más tecnologizado e industrializado, hizo confluír nuevos planteamientos y alianzas políticas.

Lo conservador oligárquico, las propuestas socialdemócratas, de aumentar la participación estatal en lo productivo y por supuesto, la lucha ideológica anticomunista, hizo fluir los grupos y bandos enemigos y dividió por muchas décadas la democracia de la sociedad costarricense.

La conciencia cívica de los jóvenes dirigentes, simpatizantes del movimiento de Vanguardia Popular, luchando por la seguridad de las conquistas sociales recién estrenadas, con la débil presencia de lo que fue el Ejército Constitucional y las pequeñas traiciones de los mismos políticos del gobierno constitucional, con respecto a armas y defensa, (por ejemplo, la facilidad de la toma de la ciudad de Cartago), hacen valorar un desarrollo de conciencia y cultura política que hoy en día es imposible de conocer.

Y como disertó, en un discurso el 30 de enero de 1958 en Radio Monumental: "Cuando el pueblo de Costa Rica, bajo las administraciones del Dr. Calderón y de don Teodoro Picado, logró llevar a la Constitución Política los derechos de la clase trabajadora y crear los seguros sociales y emitir un Código de Trabajo moderno y establecer el impuesto sobre las utilidades, se inició en nuestro país la transición de la democracia puramente política hacia la democracia con contenido económico y social". (Mora:1979,265).

Estoy segura de que aún hay mucho que transformar para ampliar nuestra democracia social y económica y sobre todo que siempre hay que defender lo conquistado.

Dejo en sus manos el texto a continuación, para reflexionar y aprender.

## MANUEL MORA VALVERDE SUCESOS DE 1948

Tengo en mis manos el capítulo 14 de las memorias que está escribiendo el camarada Arnoldo Ferreto para su publicación. Me fue entregado ayer este documento, con la anuencia del propio camarada Ferreto, con el encargo de que yo lo lea y le haga observaciones. Lo he leído con todo cuidado y tengo la impresión de que el camarada Ferreto incurre en errores, especialmente cuando relata acontecimientos referentes a

la capitulación de Picado, a las negociaciones en la Embajada de México, al Pacto de Ochomogo y a mi salida del país. Algunos de esos errores los atribuyo a problemas de memoria de los que todos padecemos, especialmente cuando se trata de relatar acontecimientos en los cuales no tuvimos una intervención directa. Pero por otra parte, tengo la impresión de que otros errores de la exposición se explican porque no estubo bien informado. Yo, en este punto, me autocritico, y asumo la responsabilidad que me cabe, porque, francamente creo que no siempre dí a la Dirección del Partido toda la información que debí dar, no por mi culpa sino por la confusión que de aquellos momentos de la vida del Partido y muy particularmente por las difíciles y complicadas circunstancias que rodearon mi actividad. Eran días de mucha agitación, de muchos problemas que a veces se planteaban sorpresivamente sin que hubiera posibilidad de consultar con la Dirección del Partido en forma colectiva. Algunos de esos problemas, lo reconozco con toda lealtad, fueron abordados y resueltos directamente por mí. Siempre traté de actuar dentro de la línea del Partido, pero no siempre pude consultar, no por capricho mío sino porque a menudo me era imposible hacerlo como acabo de explicarlo: yo me sentía obligado a resolver.

Paso ahora a precisar objeciones:

Aquí en la página dos (2) dice Ferreto: "al producirse la capitulación y renuncia de Teodoro Picado en la Embajada de México...", etc. Desde luego esto no fue así, porque la renuncia de Picado no se produjo en la Embajada de México. Dice luego que encontrándose él en el Cuartel Central del Partido, llegó el Dr. Rosendo Argüello en mi compañía y que yo le pedí que fuéramos a ocultarnos en vista de que se perfilaban serios problemas de seguridad. Aquí hay también una equivocación que luego aclararé. En lo que se relaciona con mi entrevista con Figueres en el Alto de Ochomogo también Ferreto hace afirmaciones que no corresponden a lo que realmente ocurrió, seguramente que por las razones ya dadas. Yo no tuve tiempo de informar a la Dirección antes de subir a Ochomogo. El que sí estuvo informado de estos hechos fue

Carlos Luis Fallas quien me acompañó en el recorrido y en mi entrevista con Figueres. Por cierto que dejó escrito en "Adelante"<sup>2\*</sup> su testimonio. En relación con los incidentes que se produjeron en San José, después de que nuestro Partido había sido desarmado, también creo que le faltó información buena al camarada Ferreto. Tampoco se ajusta a la realidad la relación que hace de mis movimientos en la casa de Rosita Quirós, donde estuve no sólo con él sino también con Carlos Luis Sáenz, a quien él ignora en este caso. De todas maneras me parece que lo mejor para aclarar las cosas es que yo haga una relación, aunque sea sucinta, de lo que honradamente recuerdo que ocurrió durante ese período a que se refiere el camarada Ferreto en este capítulo de sus memorias a que vengo haciendo referencia. Pienso que con base en esa relación mía, que es la relación de una persona que intervino directamente en los hechos, será más fácil reconstruir las cosas, llevando a cabo, caso de que se considere necesario, las consultas que correspondan.

Decía hace algunos momentos que no es exacto que don Teodoro Picado capitulara en la Embajada de México. En efecto, la realidad es otra. Ante todo debo decir que don Teodoro capituló sin consultar siquiera con el propio Dr. Calderón Guardia. Yo tuve oportunidad de escuchar la protesta del Dr. Calderón Guardia con ese motivo. Fue después de su capitulación que nos dirigió el señor Picado una carta al Dr. Calderón y a mí, como representantes de los dos Partidos aliados, en la que nos decía, que "fuerzas incontrastables" que amenazaban a Costa Rica, lo habían obligado a tomar esa decisión. Por cierto que la frase "fuerzas incontrastables" se popularizó mucho, porque el propio don Teodoro dio a la publicidad la carta después de la guerra civil. Por otra parte, recuerdo que don Teodoro nos pidió, al Dr. Calderón y a mí una entrevista, para explicarnos el problema. El Dr. se negó a visitarlo, pero yo si me entrevisté con él, en presencia de don Máximo Quesada. En la entrevista me explicó que el Secretario de Estado de Estados Unidos, Marshall, que en ese momento estaba en Colombia asistiendo a la famosa conferencia de la OEA que se celebraba en Bogotá, le había

mandado a decir que él, Marshall, estaba muy preocupado por el predominio de los Comunistas en el Gobierno y que no saldría de Bogotá de regreso a los EE.UU en tanto considerara en peligro las fronteras del Canal de Panamá; que, en consecuencia, era necesario, que él, Teodoro Picado, capitulara. Le advirtió además, según el informe, que los Marineros de la Zona del Canal estaban listos para entrar a Costa Rica en caso de necesidad. Este suceso, probablemente expresado con otras palabras, tuvo tiempo de consignarlo en su Cartilla Histórica don Ricardo Fernández Guardia, en la última edición de este libro. Por demás está decir que don Ricardo Fernández Guardia estaba muy lejos de ser un hombre de izquierda. En aquella época era ya un hombre ochentón y más bien conservador. Su hijo, el Ing. Ricardo Fernández Peralta era el consejero militar de don Teodoro en aquellos días. Por consiguiente don Ricardo Fernández Guardia pudo estar bien enterado de todo lo que ocurría. Más todavía, el nieto de don Ricardo Fernández Guardia, hijo de don Ricardo Fernández Peralta, era don Mario Fernández Piza, militar graduado si mal no recuerdo en Chile. Este señor era el Jefe del Estado Mayor del Gobierno de don Teodoro en aquella guerra civil.

Don Teodoro me dijo, después de la explicación referida, que ante la amenaza de Marshall, que prácticamente significaba el anuncio de que Costa Rica podía ser ocupada por las tropas de los EE.UU, él había decidido capitular.

Pero este problema de la capitulación de don Teodoro Picado pienso que es mejor que termine de comentarlo en su lugar cuando relate o explique otros hechos relacionados o derivados de tal capitulación.

Comienzo por relatar un hecho de mucha importancia. Ya había capitulado don Teodoro y ya se habían abierto en la Embajada de México negociaciones de las que luego hablaré cuando, estando yo en el Cuartel del Partido, en mi oficina, me llegó un mensaje del coronel Julio López Masegosa, quien en ese momento tenía la Jefatura del Aeropuerto Internacional de La Sabana. López me informaba que había detenido la salida de un avión en el que pretendían partir, suponía él que fuera del país, don Teodoro, el Dr.

Calderón y otras personas y que me consultaba sobre el camino a seguir. Le respondí que me parecía bien la resolución que había tomado, que no debía permitirse que salieran del país don Teodoro y Calderón. Un rato después llegó al Cuartel don Teodoro y habló conmigo. Estaba bastante alterado. Me preguntó en tono resentido si yo desconocía su condición de Presidente de la República. Le respondí que no lo desconocía a pesar de que él ya había capitulado. Me pidió entonces que le explicara por qué le impedíamos tomar un avión? Le respondí: usted ha de comprender que para nosotros tiene que ser un asunto alarmante que usted y el Dr. Calderón, de pronto, quieran coger un avión para salir del país. Su respuesta fue esta: No es del país de donde vamos a salir, es de San José. Queremos trasladarnos a Puntarenas, donde tendremos una entrevista con una persona a quien por cierto usted estima mucho. Su nombre no quiero dárselo ahora, pero usted si lo quiere, puede acompañarnos. Lo pensé un poco y acepté la invitación.

En el Aeropuerto esperaban el Dr. Calderón y los integrantes del famoso Estado Mayor del Gobierno, encabezados desde luego por Mario Fernández Piza. Sin más preámbulos subí al avión con todas esas personas. El avión aterrizó en Chacarita y aquí bajamos todos. Entramos a una pequeña pulpería que estaba frente al Aeropuerto. Se me dijo que había que esperar; que el avión en que venía la persona con quien tendrían que entrevistarse llegaría dentro de algunos momentos procedente de Nicaragua. Efectivamente, más o menos una hora después apareció el avión. Según oí decir, era un bombardero nicaragüense. El avión se detuvo a alguna distancia del lugar donde nosotros nos encontrábamos. El Dr. Calderón, Picado y yo junto con los militares, nos dirigimos al avión, el cual hasta ese momento seguía siendo un misterio para mí. Se abrió la portezuela y apareció Francisco Calderón Guardia.

Por demás está decir que durante toda la guerra civil, don Francisco Calderón había actuado como un leal amigo de nosotros.

En cuanto a don Francisco bajó se inició la conversación. A los militares les ordenó Teodoro que se retiraran.

Don Francisco habló claro, no disimuló nada. Al comienzo no más, le dijo al Presidente que el General Somoza estaba dispuesto a ayudar con armas al Gobierno, pero en el entendido de que con cada rifle vendría un hombre. ¿Con cuántas armas? Preguntó Teodoro Picado. Respuesta: mil o dos mil, las que sean necesarias. En ese momento intervine yo y dije “Pues esa no es una oferta de armas sino de la Guardia Nacional”. Don Teodoro se quedó mirando a don Francisco y éste dijo: “sí, así es, tiene razón Manuel. Tacho opina que las armas no pueden venir sin hombres porque en ese caso hay el peligro que las tomen los comunistas”. Don Teodoro nos preguntó entonces al Dr. Calderón y a mí ¿Qué piensan ustedes? En el acto le respondí “No necesitamos hombres, tenemos suficientes, lo que necesitamos son armas. En todo caso, agregué, yo protesto por el hecho de que se considere posible, en círculos del Gobierno, que la Guardia Nacional de Somoza pueda venir a ayudarnos. Ya estuvieron aquí 60 o 70 guardias nacionales que tuvieron que salir del país por solicitud de mi Partido”. Luego don Teodoro le preguntó a Calderón: ¿Y qué piensa usted? El Dr. dijo: “Yo estoy de acuerdo con Manuel”. Entonces Picado, dirigiéndose a don Francisco exclamó: “Esto está terminado, no hay ningún arreglo posible. Esa es mi respuesta para Tacho”.

Inmediatamente después los militares fueron autorizados para acercarse y se formaron varios corrillos al pie del avión. Hablaban con don Teodoro y hablaban con el Dr. Calderón. Paco me hizo una seña y nos apartamos un poco. Cuando estuvimos solos me dijo: “Mire Manuel, yo estoy metido aquí en un engranaje muy complicado. Usted sabe que yo no puedo abandonar a Rafael Ángel. Sin embargo, por encima de todas las cosas yo tengo que ser un hombre leal y no puedo ni debo engañarlo a usted ni a su Partido. Voy a contarle muy privadamente lo que hay en el fondo de todo esto. Entiendo que mi viaje obedeció a algún entendimiento de alto nivel en el que con seguridad intervino la Embajada de los EE.UU. Yo no tuve intervención. En Managua, el General Somoza, aconsejado seguramente por el embajador yanqui resolvió ejecutar el siguiente plan: Se dejaría entrar a Figueres a Cartago. En

ese momento Picado trasladaría el Gobierno a Liberia, cerca de la frontera con Nicaragua. Nosotros los comunistas quedaríamos con el control de la capital que sería declarada ciudad abierta y allí chocaríamos con Figueres. Inmediatamente después entraría Somoza a nuestro territorio con su Guardia Nacional con la misión de aplastar a Figueres y de aplastarnos a nosotros. El Departamento de Estado sabía que Figueres no estaba luchando, como se decía, por recuperarle a Otilio Ulate la presidencia que nosotros le habíamos anulado. Para ellos no era un secreto que Figueres venía jugando un papel dentro de un plan que se había formado en Guatemala para tumbar, según decían ellos, a los tiranos de la zona y establecer una supuesta “República Socialista en el Caribe”. Ese plan se había formado bajo la dirección de Juan José Arévalo, Prío Socarráz y Rómulo Betancourt<sup>3\*</sup>. Dentro de ese plan, después de una larga discusión, los conspiradores habían resuelto comenzar su lucha en Costa Rica donde en su concepto había ya una situación anormal con motivo de la anulación de las elecciones, con la ventaja que no había ejército. Según ellos les sería posible convertir a Costa Rica en zona de operaciones para continuar avanzando luego sobre otras zonas del Caribe y en primer lugar sobre Nicaragua. Esto lo sabía Somoza y por consiguiente no podía simpatizar con Figueres. Sentía que la agresión inmediata era contra él. Después de Costa Rica seguiría Nicaragua conforme a lo convenido en Guatemala. Entonces con el visto bueno del Departamento de Estado de Estados Unidos, que lógicamente estaba también contra el plan, Somoza resolvió entrar con su Guardia Nacional a Costa Rica para liquidar a Figueres y liquidarnos a nosotros. Esto fue lo que me contó Paco al pie del avión. Me informó también que en Managua circulaba el rumor de que yo me había entendido con Figueres. Le expliqué que eso no era cierto, que yo estaba asistiendo a sesiones con el Cuerpo Diplomático que se celebraban en la Embajada de México y que a esas sesiones asistía también el presbítero Núñez en representación de Figueres quien permanecía en Cartago. Pero que nunca habíamos pensado en entendernos. Paco entonces opinó: “sinceramente, le digo que yo

creo que si ustedes pudieran llegar a un entendimiento con Figueres harían lo mejor, porque aquí lo que viene es una ocupación de Costa Rica por la Guardia Nacional y por los EE.UU, quienes ya tienen a los marinos listos para entrar a Costa Rica". Estoy seguro de recordar bien las palabras de Paco.

Después de la conversación con Paco me acerqué de nuevo al grupo donde estaban Teodoro y el Dr. Calderón y les dije que a las tres de la tarde tenía que estar en la Embajada de México con el Cuerpo Diplomático y que por consiguiente tenía que regresar a San José. Había por ahí un avión pequeño que piloteaba un aviador de apellido Mora Molina. Ese aviador, en ese avioncito, me trajo a San José. En Puntarenas se quedaron el Dr. Calderón, don Teodoro y el Estado Mayor. Yo estaba sosteniendo discusiones en la Embajada de México con los diplomáticos, a pesar que desde el comienzo se me había advertido que a mí no se me había llamado para discutir nada sino para hacerme saber, que en vista de que Teodoro Picado había capitulado, mi Partido tenía que desarmar a su gente, ya que don Teodoro no podía hacerlo porque el ejército en que se apoyaba el Gobierno era la gente armada nuestra. Yo había estado entreteniéndome las discusiones para dar tiempo a que la gente nuestra que estaba en el sur, la que comandaban Fallas y Leiva, se trasladara a San José.

Ya al anochecer, después de la reunión en la Embajada de México, fui a buscar a don Teodoro. No estaba en la Casa Presidencial. Alguien me dijo, muy privadamente donde estaba: en un apartamento situado en los alrededores del Parque Morazán, que ocupaba Álvaro Bonilla Lara, el Ministro de Hacienda. Aquí lo encontré y hablé con él. No me dijo nada claro, pero fingió estar muy satisfecho con mis actuaciones en la Embajada frente al Cuerpo Diplomático. Hasta conversamos de una posible fórmula para negociar. Me despedí de don Teodoro ya tarde.

Esa noche me quedé a dormir en la sala de Carmen Lyra, quien estaba enferma. Conmigo se quedaron diez o doce camaradas armados porque había la noticia de que Tavío<sup>4\*</sup> pretendía sacarme y matarme. La información nos la había dado el propio Calderón Guardia unos días antes.

Al día siguiente, como a las seis de la mañana, llegó a buscarme don Isaac Zúñiga Montúfar que era el Ministro de Trabajo, nombrado en ese cargo por iniciativa nuestra. Era amigo nuestro. Me buscó y me dijo: "vengo a enterarlo de algo muy grave. En esta madrugada ustedes han sido desarmados. Los militares del Gobierno sacaron las armas y las municiones de los cuarteles de San José y Alajuela y se las llevaron para el Norte. Supongo que para Nicaragua". En efecto, todas las armas buenas y las municiones de los cuarteles de Alajuela y San José se las habían llevado. Nos dejaron con los rifles malos que estaban en nuestro poder y prácticamente sin municiones. En la mañana fui citado telefónicamente por el Embajador de México para que fuera a la Embajada. Antes de salir pensé en si debía enterar al Partido de que habíamos sido desarmados. Pero no lo hice, no sólo por el poco tiempo de que disponía, sino también porque preferí esperar el resultado de la conferencia en la Embajada. Además se me ocurrió que si la noticia se filtraba antes de que hubiera sido debidamente confirmada podría producirse una desmoralización innecesaria en algunos sectores del Partido. Fue un error mío, lo reconozco. A Fallas si lo enteré pero en la noche, antes de subir a Ochomogo.

Cuando Picado capituló lo hizo a espaldas nuestras y del Dr. Calderón, como ya lo expliqué. Pero antes de la capitulación habían ocurrido hechos sumamente importantes en los cuales tuvo intervención el propio camarada Ferreto.

Voy a retroceder un poco para relatar esos hechos antes de explicar lo que ocurrió en la reunión en la Embajada. Figueres como se sabe, estaba ubicado con su ejército en San Isidro del General y nosotros habíamos planeado una operación militar contra él que podía ser decisiva. Voy a explicarla: Fallas venía con una columna por la zona de Buenos Aires, hacia San Isidro. El Coronel Leiva, venía también hacia San Isidro con otra columna, pero saliendo de Palmar. En la Carretera Panamericana teníamos organizada una tercer columna, lista también para atacar, en la cual estaba un batallón de la Juventud de nuestro Partido y además la llamada Unidad Móvil, que era la única unidad militar realmente preparada de que disponía el Gobierno. Figueres iba a

ser atacado por tres frentes. Aparentemente no tenía escapatoria. Según sabíamos, tenía en ese lugar de 600 a 700 hombres. Pero muy bien armados y todos conocedores de las cosas militares. Me estoy refiriendo a la famosa Legión Caribe. La operación no pudo iniciarse en la fecha señalada porque de pronto apareció en el país René Picado, hermano del Presidente y Ministro de Seguridad Pública. René estaba en los EE.UU y regresó precipitadamente, seguramente a cumplir una consigna. Horas antes de que se iniciara la operación René cogió la Unidad Móvil, que estaba como dije, en la Carretera Panamericana y la trasladó a San José.

El Presidente Picado no movió un dedo a pesar de nuestra protesta. Si mal no recuerdo, la protesta la llevamos personalmente Ferreto y yo. Al actuar de esta manera el Ministro nos paralizó temporalmente la operación. Debo decir que ya en ese momento para nosotros resultaba casi claro que René era un hombre que trabajaba de acuerdo con el Departamento de Estado de Estados Unidos. Era un "G. Men", según se decía y tal cosa se probó en la práctica. Recuerdo que en otra ocasión Ferreto y yo habíamos ido a discutir con el Presidente Picado sobre el paradero de un armamento que había venido al país por el Punto Cuarto, el cual debía estar en los cuarteles nuestros pero que según informes recibidos por nosotros estaba en Panamá. El Presidente Picado llamó a René a nuestra presencia y le hizo el cargo de haber entregado esas armas a Panamá el propio Ferreto quien lo increpó enérgicamente, esto fue en vísperas de la guerra civil. René entonces exclamó, refiriéndose a su hermano, "es que éste es un pichicato, yo traje las armas, compradas por mí y éste no me las quiso comprar para el Gobierno, entonces yo se las vendí a Panamá. Negó que fueran armas del Punto Cuarto las que vendió. Sin embargo después se supo que sí eran, Paco Calderón las vio más tarde en La Curva y me lo contó en México. René fue siempre un agente del imperialismo dentro del Gobierno, pero desgraciadamente vinimos a entenderlo tarde.

Coincidiendo con esos hechos recibí un recado confidencial de una persona sumamente importante. No puedo dar su nombre aquí<sup>5\*</sup>, pero

Arnoldo lo conoce. Esta persona me hizo saber que dos o tres días después Figueres pensaba dejar San Isidro y trasladarse a Cartago. Para evadir las tropas de la Carretera pasaría por trillos<sup>6\*</sup>. Dejaría en ciertos lugares de las montañas de San Isidro unas ametralladoras para engañar y entretener a Fallas y a Leiva. Me precisó exactamente mi informante el día del avance. Sin perder tiempo visité la Casa Presidencial acompañado de Paco Calderón y tengo la impresión, aunque no la seguridad, de que también el camarada Ferreto nos acompañó. Informado don Teodoro por mí de lo que se preparaba y de la calidad del informante, llamó a don Ricardo Fernández Peralta, su amigo y consejero militar y le dijo: "Mirá Ricardito vos que conocés bien la geografía de esa zona podés decirnos por cuales trillos puede pasar Figueres?" Don Ricardo los señaló. Entonces Teodoro ordenó que pusieran retenes en los trillos. Yo lo interrumpí y le dije que el asunto había sido ya debidamente estudiado y madurado por nosotros y que en nuestro criterio lo que procedía era traerse a toda la gente de la Carretera Panamericana para Cartago, reforzar militarmente a Cartago y esperar aquí a Figueres, Picado le preguntó a Paco si efectivamente ese era el criterio de todos. Paco le dijo que sí y agregó otras razones. Entonces don Teodoro dijo: "así se hará, la gente de la Carretera Panamericana será trasladada a Cartago y Cartago será reforzado, ya voy a dar las órdenes". Algún tiempo después, ya en el destierro, al recordar este pasaje tuve la impresión de que Teodoro nos había cogido de tontos. A lo mejor ya él estaba enterado de la jugada que estaba en preparación.

La víspera del día señalado para la marcha de Figueres, en horas de la tarde resolví ir a San Cristóbal de Desamparados, porque se me había informado que había en ese lugar una altura desde la cual era posible observar los movimientos de las tropas de Figueres; quería comprobar si se preparaba la marcha. En San Cristóbal había una tropa nuestra, al mando del General Arguedas, quien sustituía en ese lugar al Coronel Zúñiga Montúfar. Arguedas era un General improvisado, parece que había peleado con Sandino. Recuerdo que en aquel lugar nos encontramos al Cholo Valerín y también al Nica García. Habíamos salido para San

Cristóbal en un jeep que manejaba el camarada Ferreto, con quien yo había consultado mi plan. Nos acompañaban Antonio Barrantes (Ameba), Edgar Carvajal, Manuel Moscoa y creo que también Gonzalo Sierra. Al llegar a San Cristóbal nos encontramos con un lío que hubo que resolver. Nuestros camaradas estaban en pleito con Fernández Piza, el Jefe del Estado Mayor. Ferreto y yo tuvimos que oír muchas quejas y nos comprometíamos a intervenir para resolver el problema planteado.

Rápidamente subí a una altura, conforme a mi propósito y desde ahí se pudo ver que efectivamente había movimiento en el campo de Figueres. Era posible y hasta casi seguro que se preparaban para bajar a Cartago antes de que oscureciera, resolvimos regresar a San José. Casi al salir nos sugirieron los camaradas que saliéramos por un trillo de la Carretera Panamericana y que aprovecharíamos la ocasión para alentar a las tropas que estaban en ese lugar. Nos explicaron que hacía un rato habían salido precisamente por esa ruta, en un jeep, los Ingenieros Jaime Soley y Rafael Roig. Recuerdo que Ferreto era partidario de que tomáramos el trillo y que fuéramos realmente a arengar a las tropas. Eso estaba muy dentro de su temperamento, dentro de sus costumbres de luchador. Pero yo lo llamé aparte y le recordé de que las tropas ya seguramente estaban siendo trasladadas a Cartago, de acuerdo con la orden de Picado. Le agregué: Si realmente Figueres va a bajar en esta madrugada lo mejor es que nosotros estemos en San José. El camarada Ferreto estuvo de acuerdo y regresamos a San José.

A la mañana siguiente supimos que Figueres había ocupado Cartago<sup>7\*</sup>. Teodoro no había cumplido o no había podido cumplir. Las tropas de la Carretera Panamericana no habían sido movidas. La Unidad Móvil que René Picado se había traído para San José, para los jardines de su casa, había sido sustituida por gente de nuestra juventud. Muchos de estos camaradas fueron asesinados más tarde.

Meses después, estando yo en el destierro, me encontré con un Coronel de apellido Sáenz, cuyo nombre no recuerdo en este momento. Que había sido el comandante del cuartel de Cartago

y Gobernador de esa provincia, en vísperas de la entrada de Figueres a ella. Me duele mucho no haber grabado o recogido de otra manera el testimonio del Coronel Sáenz. Me dijo que las órdenes que él había recibido de San José eran precisamente las contrarias, no hacer resistencia, no reforzar Cartago sino desguarnecerlo.

Figueres fue recibido con café a las puertas de la ciudad por uno que se decía amigo del Gobierno, por el Ing. don José Joaquín Peralta, quien había sido Ministro de Fomento. Figueres entró a Cartago pero no entró peleando, como puede deducirse de lo dicho, Puede decirse que el Gobierno le entregó Cartago, en acatamiento del plan que me habló Paco. Era un plan que venía de atrás sin que nosotros lo hubiésemos sospechado. El plan, bueno es repetirlo, consistía en permitirle a Figueres llegar a la capital para que peleara con nosotros. En ese momento ya el Gobierno se había trasladado a Liberia. Era, al parecer, el pretexto que necesitaba el imperialismo para invadirnos directamente con sus marinos o por medio de Somoza.

La Dirección del Partido se dio cuenta del desastre, resolvió disolver el Estado Mayor del Gobierno y sustituirlo por un Estado Mayor del Partido. Se nombró a Carlos Luis Fallas, Jefe del nuevo Estado Mayor, a pesar de que Fallas estaba en ese momento en el frente de combate. Consejero militar de Fallas se nombró al Coronel Abelardo Cuadra, nicaragüense. No recuerdo exactamente como quedó integrado en su totalidad este Estado Mayor, pero sí recuerdo que el camarada Ferreto y yo pertenecíamos a él.

Por iniciativa precisamente de Ferreto, a mí me tocó una misión muy dura, que consistía en ir al Barrio Escalante a pedirle al Dr. Calderón Guardia que hiciera un llamamiento a su gente a pelear (hasta ese momento no lo había hecho) y a convencerlo de que debía incorporarse al Estado Mayor y trasladarse con nosotros a Tres Ríos porque habíamos acordado que el Estado Mayor se instalara en ese lugar, en la casa de don Ramón Céspedes. A nosotros no nos convenía soltar al Dr. Calderón Guardia porque él era el candidato y posible Presidente y porque habría sido peligroso que se creyera que era el Partido Comunista el que estaba a punto de

tomar el poder. Me trasladé al Barrio Escalante y recuerdo que el Dr. Calderón, en un principio, se resintió mucho. Hasta me dijo: "pero usted me lleva preso?". Yo le respondí: "No Doctor, simplemente mi Partido le pide a usted la colaboración, porque el enemigo puede frustrar todos nuestros esfuerzos si nos ve a nosotros solos, a los comunistas. Nos la hemos jugado juntos y es necesario que lleguemos al final juntos". El Doctor se vino conmigo. Pasó por un cuartel que tenía en el Barrio Escalante y luego salimos todos para Tres Ríos. Nos instalamos como estaba convenido, en la casa de don Ramón Céspedes e inmediatamente comenzamos a deliberar.

Un rato después nos interrumpió un soldado para informarnos que un carro con banderas diplomáticas pedía permiso para trasladarse a Cartago y presentaba un salvo conducto del Presidente Picado. El Dr. Calderón dijo: "Si Teodoro Picado es el Presidente, tenemos que respetar su orden. Que pase el carro, pero esto me huele mal". El carro pasó.

Al anoecer regresamos a San José en el entendido de que nos reuniríamos de nuevo al día siguiente. Se habían tomado medidas para trasladar a San José a los integrantes de las columnas de Fallas y de Leiva y para rodear a Figueres en Cartago.

Al día siguiente muy temprano me llamó Calderón Guardia por teléfono y me dijo: "No recibió usted una invitación para asistir a una reunión con el Cuerpo Diplomático en la Embajada de México?". Le contesté que sí, que Darío Ojeda, el Embajador, me había invitado. Me dijo: "Pues yo no voy, esto me huele mal, algo tiene que ver, seguramente, con el carro que dejamos pasar ayer". En efecto, el Doctor no asistió, pero yo sí. Al llegar me esperaba Darío Ojeda, en una salita cercana a la puerta. Con él tenía yo amistad personal. Después de unas consideraciones preliminares me dijo: "Aquí está el Cuerpo Diplomático reunido, lo entero de que ayer capituló el Presidente Teodoro Picado, Voy a contarle en privado una cosa, parece que el Embajador de EE.UU buscó al Presidente para entregarle un ultimatum del Secretario de Estado de Estados Unidos, Marshall, exigiendo la capitulación y amenazándolo con la ocupación del país. El Presidente en el acto comisionó al propio

embajador yanqui para que negociara la capitulación con el señor Figueres, pero yo, enterado por el propio Presidente sugerí que fuera el Cuerpo Diplomático y no el Embajador de EE.UU quien negociara la capitulación. Lo hice para salvar a América de una vergüenza. Picado aceptó que un grupo de diplomáticos, en representación de todo el cuerpo, fuimos a Cartago y hablamos con Figueres, quien aceptó la capitulación y se comprometió a respetar vidas y haciendas. Pero don Teodoro ahora confiesa que no puede cumplir porque no tiene ningún mando sobre las fuerzas armadas. Dice que esas fuerzas armadas son de ustedes. Le advierto que a usted lo llama el Cuerpo Diplomático no para negociar sino para pedirle que desarme a su gente". Inmediatamente después me pasó al salón donde estaban reunidos los diplomáticos. Estaba el Nuncio, el Embajador de los EE.UU y todos, o casi todos, los embajadores de América Latina. Groseramente se me repitió que no se me llamaba para negociar conmigo, sino simplemente para pedirme que desarmara al Partido Comunista, porque la capitulación no podía hacerse efectiva en vista de que las fuerzas armadas estaban controladas por nosotros y no por el Presidente.

Después de oírlos les advertí, que nosotros de ninguna manera nos desarmaríamos si no se nos garantizaban una serie de condiciones. Me alegaron que el señor Figueres se ha comprometido a respetar vidas y haciendas, a lo que yo les repliqué que nosotros no estábamos peleando por vidas ni haciendas, sino por defender y consolidar lo que considerábamos el comienzo de una serie de transformaciones sociales en favor de la clase trabajadora y del pueblo. Luego les precisé las garantías que nosotros exigíamos. Puse mucho énfasis en nuestro interés de obtener garantías para el movimiento sindical y para la legalidad de nuestro partido<sup>8</sup>. Dije además, que necesitábamos estar seguros de que se mantendrían abiertas las perspectivas de la revolución que nosotros habíamos ya prácticamente trazado. Lo conquistado era importante pero lo por conquistar era más importante todavía. Hubo después un cambio de impresiones fuertes con algunos de los Embajadores sobre el concepto de democracia nuestro y el que ellos sustentaban. Poco después

se apaciguó el debate y volvieron los diplomáticos a su argumento: “nada había que discutir”. Para evitarle grandes al país los Comunistas debíamos desarmarnos.

Las discusiones si mal no recuerdo se llevaron a cabo durante dos o tres días. Yo logré prolongarlas con diferentes pretextos y el Partido aprovechó el impase para trasladar a San José la gente que estaba afuera. Fue después de esto que surgió la entrevista con Paco Calderón en Puntarenas. Es decir, que la entrevista se produjo en momentos en que se desarrollaban las negociaciones en la Embajada de México.

Como lo expliqué, al regresar de Puntarenas volví a la reunión con los diplomáticos en la Embajada de México. La reunión fue corta y tuve tiempo de visitar a Teodoro Picado. Pero a las nueve de la mañana del día siguiente fui llamado de nuevo a la Embajada, ya en este momento don Isaac Zúñiga me había informado, como lo expliqué atrás, de la salida de las armas para la frontera norte.

Ese día una vez más, el Dr. Calderón se negó a ir a la Embajada. Así me lo hizo saber por teléfono. Pero yo asistí. Al llegar no más, el Embajador de México, en nombre del Cuerpo Diplomático me dijo: “Estamos alarmados y vamos a informarle que en este momento la Guardia Nacional de Nicaragua está invadiendo Costa Rica. La O.E.A. que está reunida en Bogotá, conoció de este asunto y especialmente de una protesta formulada por Rómulo Betancourt. El Embajador de Nicaragua presentó una carta firmada por don Teodoro Picado en la cual este señor le explica a Somoza la situación de Costa Rica y le dice que no tiene capacidad para controlar al comunismo ni a Figueres y que, en consecuencia, autoriza a Somoza para entrar al país”. En ese momento yo no sabía nada de esa carta. Inmediatamente se inició una gran actividad para buscar a don Teodoro, quien ya en ese momento estaba escondido, no sé donde. Lo localizaron, Picado llegó con aspecto cadavérico y tomó asiento prácticamente a la par de mí. El Embajador de México le dijo: “Señor Presidente, el señor Somoza ha presentado a la O.E.A. una carta firmada por usted en la que usted lo autoriza para entrar a Costa Rica y la Guardia está

ya en este momento avanzando sobre su país”. El Presidente respondió que aquello era falso y le pidió al Embajador de México una conversación privada fuera de la sala donde estábamos reunidos. El Embajador y don Teodoro salieron. Luego regresaron y Picado mantuvo su afirmación de que él no había enviado la carta. Al Embajador le explicó en la conversación privada, según lo supe mucho después, que él se había limitado a decirle a Somoza que no podía garantizarle la frontera, pero que no le había pedido ayuda contra nadie, ni lo había autorizado para entrar a nuestro territorio. Rápidamente el Embajador comenzó a hacerle un interrogatorio duro e irrespetuoso al Presidente. Yo, que lo ignoraba todo, me indigné y protesté. Este señor —dije— es el Presidente de Costa Rica, no es un reo. Yo exijo que se le respete. De esta protesta mía, no se como se enteró la Revista “Tiempo” de México y la dio a conocer. El Presidente fue autorizado luego para retirarse. El Embajador Ojeda nos dijo luego que el criterio del Embajador de los EE.UU, ahí presente, sostenía que la única forma de que se devolviera a Somoza era que los comunistas nos desarmáramos. Para los EE.UU, según el Embajador yanqui, la seguridad de Centro América y la seguridad del Canal de Panamá estaban en peligro. El Embajador Davies no dijo una palabra, pero tácitamente confirmó las palabras del Embajador Mexicano. Yo pregunté: ¿Es entonces el Gobierno de EE.UU el que nos está invadiendo? Darío Ojeda me respondió: “El señor Mora sabe que soy mexicano y conoce mi posición ideológica, que es la que México siempre ha mantenido. Yo lo que puedo garantizar al señor Mora es que el ejército del General Somoza es el que está invadiendo en estos momentos a Costa Rica. Seguidamente preguntó en forma dramática: ¿No tiene esto ninguna solución? ¿No están los comunistas dispuestos a desarmarse? Yo respondí. No nos desarmaremos sin garantías y sin la aceptación de nuestras condiciones. Si hubiera que pelear contra Somoza —dije— estamos dispuestos a pelear. Pero declaro que mi Partido está resuelto a hacer frente común con cualquiera fuerza que esté dispuesta a defender la soberanía nacional, inclusive con Figueres, para sacar a Somoza de Costa Rica, esta declaración mía también la reprodujo “El Tiempo” de México.

El Embajador de México insistió en preguntar si se daba por fracasada la entrevista. ¿No hay nada que hacer? preguntó. El Presbítero Núñez en el acto me interpeló: ¿Cuáles son en definitiva, las condiciones de ustedes? Yo se las repetí. Entonces dijo en voz alta: “Yo le garantizo a usted que con todo eso que ustedes proponen está de acuerdo el General Figueres”. En tal caso, le dije, si eso es así, firme usted el compromiso. “Es que yo no estoy autorizado por el señor Figueres ni por nadie para firmar nada”, respondió. El Embajador de México entonces propuso que Figueres fuera llamado a la Embajada. Núñez comentó: “El señor Figueres no vendrá aquí porque nosotros nunca lo consideraremos garantizado”. No hay en definitiva salida? volvió a decir el Embajador. En ese momento intervine y dije: Si hay salida. Si el señor Figueres no puede o no quiere venir aquí, yo estoy dispuesto a ir donde él esté. Fácil es comprender que en ese momento yo no podía consultar ni con el Buró Político ni con ningún dirigente del Partido. Núñez comentó que ellos tampoco podían darme a mí ninguna garantía porque las pasiones desatadas eran muy grandes. Le respondí que yo estaba dispuesto a ir con garantías o sin garantías. A manera de paréntesis quiero advertir que todas estas cosas fueron confirmadas por Figueres y el Padre Núñez en una reconstrucción de la entrevista de Ochomogo que el Ministerio de Cultura Juventud y Deporte hizo hace un año con mi presencia. Todo quedó en video-tape<sup>9\*</sup>.

Se dispuso a continuación que nos pusiéramos de acuerdo el Padre Núñez y yo para hacerle la proposición a Figueres y se planeó lo siguiente. El Padre Núñez regresaría a Cartago y después de hablar con Figueres me haría conocer la respuesta por medio de Radio Caribe, estación que funcionaba en esa ciudad. Se fijó las ocho de la noche para esta operación de transmisión. Yo regresé a nuestro Cuartel, en el anexo del Hotel Costa Rica y le pedí a Carlos Luis Sáenz que se mantuviera frente a un pequeño aparato de radio, desde las ocho de la noche, y que sintonizara Radio Caribe y esperara el mensaje que tenía que venir. Al mismo tiempo le rogué que no enterara a nadie de lo que le estaba diciendo, en vista de que, yo temía que el Partido, en caso de que Figueres

aceptara entrevistarse conmigo me impidiera ir a la entrevista, por razones de seguridad personal.

No sé si esto estaba bien o estaba mal pensado, pero aquel era un momento de muchas congojas. De acuerdo con las reglas de la disciplina me parece que estaba mal. Pero la Guardia Nacional estaba avanzando sobre Costa Rica. Yo sabía que nosotros estábamos desarmados y sentía que debía aportar mi sacrificio. A la hora convenida, Radio Caribe, comenzó a anunciar que el General Figueres estaba de acuerdo en esperarme a las diez de la noche en Ochomogo, pero exigía que yo subiera solo y desarmado; que la entrevista sería en tierra de ellos, y se indicaba el lugar donde yo sería recogido. Este recado me lo comunicó Carlos Luis inmediatamente.

Por casualidad un rato después entró al Cuartel Fallas, quien en ese momento no sólo era el Jefe de nuestro Estado Mayor, sino también el Comandante de la zona militar de Tres Ríos y Cartago. No se olvide que ya nosotros habíamos comenzado a planear el ataque a Cartago. Lo llamé y le pedí que buscara un buen jeep con un camarada valiente y de confianza. Temo –le dije – que a mí se me impida ir.

Carlos Luis buscó el jeep y designó a uno de los hermanos Rivero, creo que era William, para manejarlo y salimos. Después de Tres Ríos tuvimos muchas dificultades porque ya en ese momento en las colinas había gente nuestra y apenas el jeep encendía los focos comenzaban a dispararnos. Caminábamos a ratos a oscuras y a ratos con los focos encendidos, hasta que llegamos al lugar designado al pie de Ochomogo. No recuerdo exactamente cual era el sitio. Se detuvo el jeep, yo no le había dicho a Fallas que mi compromiso era subir desarmado y solo. Se lo expliqué en ese momento. Fallas me dijo que no me dejaría subir, que yo era un ingenuo, que lo menos que me podía ocurrir era que me hicieran preso para después cogerme de rehén e imponer condiciones. Le pedí que reflexionara: El país estaba siendo invadido por las tropas de Somoza. Además, los Marineros de la Zona del Canal estaban listos también para entrar. La única forma de impedir que nuestro país fuera ocupado era que yo lograra una de estas dos cosas. O el acuerdo con Figueres de luchar juntos para echar

a Somoza de aquí, o las garantías de Figueres de que todas nuestras conquistas y toda nuestra perspectiva revolucionaria serían respetadas. Claro –le dije – yo creo que el respeto de todo eso no va a depender exclusivamente de la promesa de Figueres, sino de la fuerza que nosotros logremos desarrollar. Pero le agregué, lo más grave para nosotros sería la ocupación del país por el imperialismo o por Somoza que es lo mismo, si nos ocupan ya no nos desocuparán. Después de alguna discusión, Fallas me dejó subir. Subí desarmado.

Había caminado unos diez minutos cuando me enfocaron. Era el Padre Núñez que esperaba ahí. Recuerdo que me dijo: Que confianza la suya. Le respondí: Pues sí, yo creo que ustedes tienen honor. Además, tengo confianza en la gente de mi Partido que no está lejos de aquí. El Padre Núñez me condujo hasta un paredón a la orilla de la carretera donde esperaba Figueres y en ese lugar, en una especie de cavidad llevamos a cabo la conversación. Para comenzar le dije que le rogaba no interpretar mal mi visita, que yo no iba a establecer ninguna negociación que significara reconocimiento de la capitulación de Picado, porque éste había capitulado a espaldas nuestras y sin tomar en cuenta los intereses de mi Partido, que en realidad eran los intereses de la clase trabajadora y del pueblo de Costa Rica, que suponía que él, Figueres, había sido enterado de que Somoza estaba invadiendo Costa Rica. En este punto le expliqué que por un conducto de toda mi confianza sabía que Somoza venía no solo con la intención de liquidarnos a nosotros los comunistas, sino con el propósito de liquidarlo a él. Luego le propuse: Hagamos un frente común para pelear contra Somoza y echarlo del país. Me respondió que él sabía que también había la posibilidad de que los marinos yanquis nos invadieran, que si yo creía que también debíamos y podíamos pelear contra los marinos. Le contesté que yo no sabía si realmente los marinos estaban a punto de invadirnos, aunque entendía que estaban en la frontera, que yo creía que de inmediato teníamos que pelear contra Somoza. Le agregué luego, que ante la posibilidad de que los marinos nos invadieran, yo consideraba que nuestro deber era defender la soberanía nacional. Todo eso

quedó debidamente grabado en el video-tape a que hice referencia.

Hubo un largo cambio de impresiones, tal vez a ratos un poco alterada, porque Figueres llegó hasta a decirme que si yo no tomaba en cuenta, que estaba en sus manos. Le respondí que mis camaradas no estaban lejos. Después seguimos hablando, y Figueres me dijo: “vea, la pura verdades que es absolutamente imposible que pueda haber una alianza entre su Partido y el mío para pelear, aunque sea contra Somoza. Es mucho el odio que hay en movimiento. Mis soldados traen en las culatas de sus rifles grabados tres nombres: Calderón Guardia, Teodoro Picado y el suyo para fusilarlos en cuanto los encuentren. Esto no puedo cambiarlo yo de la noche a la mañana. Esa alianza que usted me propone no se puede hacer”. El Presbítero Núñez dijo entonces: Solo un camino hay según se dijo esta tarde en el Cuerpo Diplomático, y es que los comunistas se desarmen. Yo insistí categóricamente en que para eso era necesario que se nos garantizaran las condiciones por mí planteadas. Después de discutir un rato más, Figueres aceptó y le ordenó al Padre Núñez que firmara al día siguiente en la Embajada de México el compromiso de garantizarnos lo pedido. La entrevista terminó de esa manera. Sin embargo, consideré necesario advertirle a Figueres que el compromiso era que hablaríamos solos. Usted ha tenido un testigo –le dije– que es el Padre Núñez. Yo no tengo ningún testigo. A mí me pueden matar de aquí a San José, lo lógico es que yo tenga también un testigo. ¿De dónde lo saca me respondió? Le dije: si usted me da su palabra de respetarlo yo lo traigo, él está aquí cerca. Cuando lo enteré de que era Carlos Luis Fallas se emocionó realmente. (Calufa había estado peleando contra él) e hizo los más grandes elogios de Carlos Luis como soldado y como hombre. Convinimos a continuación que él bajara un poco y que Carlos Luis subiría otro poco. Bajamos y yo me fui a llamar a Fallas al jeep. Cuando veníamos de camino recuerdo que Fallas me dijo: “yo no confío en ese hombre”. Le expliqué que yo había llegado a un entendimiento con Figueres y que necesitaba un testigo. Quiero –le expliqué– que vos te enterés de lo que tratamos. Me respondió: “Bueno, pero yo no subo

desarmado". Montó la ametralladora, arregló sus magazines y subimos. Un momento después nos encontramos con Figueres. Reunidos los cuatro, le expliqué a Fallas lo hablado y lo convenido y Figueres lo ratificó todo. Después se hizo una tertulia. Figueres hasta nos dijo que venía a nacionalizar la Northern y la United y que iba a imponerle un impuesto al capital. Dichosamente todo eso lo escribió Fallas más tarde en un artículo que se publicó en nuestro periódico "Adelante".

Al día siguiente me presenté a la Embajada de México. Estaba otra vez el Cuerpo Diplomático reunido. Se informó de la entrevista en Ochomogo. Se redactaron todos los documentos convenidos. Don Teodoro estaba presente junto con don Máximo Quesada. Rápidamente se firmaron todos los documentos. El Cuerpo Diplomático firmó como garante. Independientemente del documento oficial el Padre Núñez me entregó otro documento en privado para el Partido. Este es uno de los documentos que me fotografiaron en Panamá, en la Zona del Canal. Está publicado. Además, yo había dejado copia de él aquí. Después vino el problema de la garantía y se convino en que todo el Cuerpo Diplomático garantizaba el cumplimiento del Pacto y se acordó que con base en esa garantía se procediera al desarme. Cumplidos los requisitos me trasladé al Cuartel nuestro e informé a la Dirección. Se aceptó lo hecho y se me dijo que era yo quien debía ordenarle a la gente desarmarse. Todos los camaradas armados habían recibido orden de reunirse en la Plaza España, es decir, frente al Edificio Metálico. Hoy día es un parque con árboles, entonces era una plaza desnuda, frente a los locales donde trabajaba la Confederación de Trabajadores<sup>10\*</sup>.

Para mí fue muy dura la tarea de enterar a los camaradas que venían del frente, de lo que se había convenido y explicarles que tenían que desarmarse. Recuerdo que cuando comencé a explicar se produjeron descargas cerradas. En el primer momento no sabíamos si era que nos estaban disparando a nosotros. Pero pronto nos dimos cuenta de que los camaradas externaban su emoción de esta manera.

En la Embajada de México se había acordado que una comisión de diplomáticos estuviera

presente en el momento de la entrega de las armas. Se propuso al Embajador de los EE.UU para que asistiera con el Embajador de México. Yo advertí que no aceptaba la presencia del Embajador de EE.UU, pero si aceptaba la presencia del Embajador de México. En efecto solo él estuvo.

Entregadas las armas era ya convenido que al día siguiente se organizaría la entrada de Figueres a San José<sup>11\*</sup>. Como Picado dejaba ya de ser Presidente y se iba del país, se convino en que don Santos León Herrera asumiera la Presidencia en su condición de Designado, durante el tiempo necesario para que Figueres entrara. Se convino también en que don Miguel Brenes Gutiérrez se hiciera cargo de la Fuerza Pública. Nosotros los dirigentes del Partido discutimos el camino a seguir. Yo había advertido a Figueres de que ninguno de los dirigentes del Partido saldría del país. Eso lo ratificaron Figueres y el Padre Núñez en la entrevista en Ochomogo. No se si estaba pecando de ingenuo, pero confieso que creí que lo pactado en Ochomogo se iba a cumplir, y en consecuencia, nunca se me ocurrió que nosotros tuviéramos que escondernos. Sin embargo, acordamos ocultarnos por un tiempo corto, en tanto las tropas de Figueres entraban y se estabilizaba la situación. Después trazaríamos ya definitivamente nuestra línea de acción. Fue dentro de esa línea que se dispuso que Ferreto, Carlos Luis Sáenz y yo nos alojaríamos en la casa de Rosita Quirós, que era no solo amiga muy querida y de toda nuestra confianza, sino que además, vivía cerca de la casa del camarada Ferreto. Entonces aquí le falla la memoria al camarada Ferreto cuando dice que el Dr. Rosendo Argüello<sup>12\*</sup> y yo lo condujimos a la casa de Rosita Quirós. Fuimos a la casa de Rosita porque así lo convinimos en el Partido. Argüello todavía no había llegado a San José. Pero no fuimos él y yo solos, sino con Carlos Luis. Recuerdo inclusive, que cuando Figueres entró a San José, los tres estábamos frente a un aparato pequeño de radio y oímos el discurso de Figueres en el Cuartel Bellavista, cuando dijo, que no llegaba a entregarle a Ulate el poder, que él llegaba a hacer su propia revolución. Más o menos eso dijo y eso lo oímos nosotros.

Antes de que Figueres se enterara y un rato después de que nosotros nos habíamos alojado en

la casa de Rosita Quirós, se produjo un incidente serio en la ciudad. Los compañeros nuestros se habían desarmado. Pero después de que dejaron las armas muchos se fueron para la ciudad. En el centro de San José, desde un segundo piso de un edificio, alguien les disparó y hubo un muerto. Después se supo que quien disparaba era un hombre de apellido Apéstegui. Figueres todavía no había entrado a San José. No fueron entonces las tropas de Figueres, como lo supone Arnoldo las que provocaron el incidente, fue un francotirador Ulatista. En respuesta los compañeros regresaron al local de la Confederación, donde estaban las armas y se armaron de nuevo. Una vez armados regresaron a la ciudad y se formó la tirería. Don Miguel Brenes, Ministro de Seguridad alarmado se vino al Hospital, donde Fallas estaba recluido con un ataque de paludismo y le pidió que lo acompañara para desarmar a la gente. Fallas se levantó de la cama, a pesar de su paludismo y acompañó a don Miguel, pero no logró convencer a los camaradas. Don Miguel que sabía donde estaba yo refugiado me buscó, todavía en plena tarde. Llegó a la casa de Rosita Quirós, iba en un jeep que manejaba Manuel Campos Jiménez, abogado de Puntarenas, muy ligado a la Embajada yanqui. Entró a la casa y me explicó lo que pasaba. Creo que Arnoldo estaba presente. Más o menos esto me dijo don Miguel: "La gente se ha armado de nuevo. Esto significa romper el pacto. Figueres queda desligado de sus compromisos. Por otra parte, —agregó— aquí lo que va a haber es una matazón en cuanto entre Figueres. Le pido a usted que me ayude". Yo resolví ir con don Miguel. Me parece que efectivamente fue en esa oportunidad que el camarada Ferreto me dijo que él iría conmigo, lo que yo no acepté, porque yo no creía que debíamos jugarnos la vida dos dirigentes si no era necesario que lo hiciéramos.

Don Miguel Brenes me llevó al centro de San José, al Parque Central. Aquello estaba revuelto, se oían ráfagas por toda parte. Al cabo de un rato logré que se desarmaran. Si hubiera habido la situación que supone Ferreto, es decir, que estuvieran cayendo muertos porque la lucha era contra las tropas de Figueres, que ya había entrado a San José, con toda seguridad que yo no habría podido convencer a los camaradas de

que se desarmaran. Los camaradas se desarmaron y dejaron los rifles otra vez en el local de la Confederación. Lo malo fue que los vecinos me vieron salir de la casa de Rosita con don Miguel y tanto ellos como Manuel Campos supieron donde estaba escondido yo.

Creo que en la noche de ese mismo día comenzaron a entrar a San José las tropas de Figueres. En la mañana del día siguiente nos dimos cuenta de que por los alrededores de nuestra casa se movían los llamados "barbitas"<sup>13\*</sup>, armados con sus rifles. Nosotros los veíamos pero no sospechábamos que estuvieran preparando alguna acción contra nosotros.

En la tarde volvió don Miguel Brenes, pero ya no en el mismo jeep sino en el carro presidencial. Un carro muy lujoso, con una gran placa y una bandera de Costa Rica. Entró a la casa y me dijo que yo estaba ya localizado, que la manzana estaba rodeada de gente de Figueres, que de un momento a otro iban a asaltar la casa. Tengo la creencia de que Arnoldo estaba presente. Luego agregó: "Yo le propongo una cosa: me traje el carro presidencial a ver si acaso logro atravesar las filas de gentes que rodean este lugar. Pero no hay tiempo que perder. Le ofrezco que se venga conmigo a mi finca en Coliblanco". Les consulté a Arnoldo y a Carlos Luis; en vista de lo que don Miguel decía, ellos consideraron que yo debía aceptar lo que me proponía don Miguel. Advertí que según don Miguel a quien buscaban era a mí y si yo salía de la casa era posible que se salvaran Arnoldo y Carlos Luis. Fue en esa oportunidad que le pedí al camarada Ferreto que se fuera conmigo para la finca de don Miguel en Coliblanco. Pero Ferreto me dijo: "yo no me muevo de aquí, tengo a Carmen muy enferma y en cualquier momento da a luz. Yo quiero estar cerca, además, a quien buscan es a usted". Como no había tiempo que perder y don Miguel apuraba, salí y me monté en el carro. El chofer le puso velocidad al vehículo y atravesó las filas de los "barbitas"; de pronto vi que el carro entraba en la Embajada de México. Le dije a don Miguel: "aquí no es Coliblanco". Me respondió: "la situación es muy difícil y creo que no nos van a dar tiempo de llegar a Coliblanco". En ese momento salió Darío Ojeda al jardín y me recibió con estas palabras:

“Está usted en su casa y en su país. México lo recibe con los brazos abiertos”. Le respondí que le agradecía mucho su bienvenida, pero que yo no había pedido asilo, que yo no quería salir del país. Me explicó entonces, que era Figueres quien le había solicitado que me diera asilo, porque estaba seguro de que me iban a matar, pues ya me tenían localizado. Figueres le dijo estas palabras: “no quiero cargar con esa responsabilidad”. Usted ya no puede salir de aquí, me dijo el señor Embajador, usted está en territorio mexicano”. Don Miguel Brenes intervino y exclamó: “Mire, espere todavía, ya están ahí las tropas de Figueres, frente a la Embajada”<sup>14\*</sup>. En efecto, en ese momento empezaron a formarse grupos de soldados armados. El Embajador y sus empleados sacaron unos rifles. Yo no pude salir. De momento me avine a quedarme en la Embajada, pero con la idea de fugarme después.

Invitados por el Embajador, pasamos todos al interior del edificio y después de un rápido cambio de impresiones, en presencia de don Miguel, le informé que tenía noticias de que Frank Marshall había jurado arrastrar a Carmen Lyra del pelo por las calles, por considerar que Carmen era la “consejera de todos los crímenes”<sup>15\*</sup>. En ese momento Chabela estaba en cama, enferma. Al mismo tiempo le dije a don Miguel que el Gobierno estaba obligado a darle protección a Carmen Lyra. Luego le recordé que Ferreto y Carlos Luis habían quedado en la casa de Rosita Quirós y que yo quería que se les pusiera a salvo. El Embajador de México, en el acto me ofreció asilar a Carmen Lyra en la Embajada y el Ministro de Seguridad me dijo que en vista de que las tropas de Figueres ya sabían que yo había abandonado la casa de Rosita, era seguro que no intentarían entrar a ella. Antes de que don Miguel Brenes abandonara la Embajada, yo, un poco alterado, dije en voz alta, que si no se arreglaban los problemas que acababa de plantear, yo me iría de la Embajada, aunque tuviera que saltarme una tapia.

Un rato después de las nueve de la noche, si mal no recuerdo, el Presbítero Núñez me visitó y en presencia del Embajador me ofreció asilar a Carmen Lyra en un convento de monjas. Minutos después me visitó también Monseñor Sanabria y

me dijo que él estaba dispuesto a recibirme en el Palacio Arzobispal, siempre que se me permitiera salir de la Embajada.

Más tarde volvió el cura Núñez a informarme que el Embajador yanqui se oponía a que Figueres y sus amigos gobernaran, y exigía que el poder le fuera entregado a Ulate. El Embajador de México confirmó lo dicho por el Presbítero Núñez y dio demostraciones de sentirse indignado. Fue un poco después que entró al salón, en momentos en que yo conversaba con don Isaac Zúñiga Montúfar y con el Juez Cañas, ambos refugiados, el Dr. Rosendo Argüello, acompañado de su padre, sus palabras fueron más o menos estas: “Vea don Manuel, llegué hace poco rato de Cartago. Todavía vengo en traje de campaña. Hemos estado en campos opuestos porque así es la vida. Al intervenir en esta guerra mi voluntad era pelear contra Calderón Guardia, que es aliado de Somoza y no contra ustedes. En todo caso, quiero que usted sepa que soy hombre leal y que vengo a saludarlo como amigo, sin importarme lo que piensen los que han estado conmigo en la guerra, mi padre también quiere saludarlo”. Luego me dijo que estaba dispuesto a ayudarme en lo que yo necesitara. Le dí las gracias por sus palabras y por su ofrecimiento y le rogué que me ayudara a poner a salvo a Carmen Lyra y que me ayudara también a trasladar a Arnoldo y a Carlos Luis de la casa de Rosita Quirós a la casa de don Carlos Sanz, esposo de una hermana o de una sobrina de Rosita. No es por casualidad que yo le planteé este asunto de esa manera. Es que antes de salir de la casa de Rosita, ya habíamos hablado del posible traslado a la casa del señor Sanz, que le debía servicios al Partido. El Dr. Argüello me cumplió en cuanto al traslado de Arnoldo y Carlos Luis; no es posible que Arnoldo no recuerde esto. Intervino también Argüello junto con un hijo de don Fernando Madrigal, que era empleado de Banco, para trasladar a Carmen Lyra a la Embajada de México.

Al día siguiente, o dos días después, estando todavía yo en la Embajada, me escribió Arnoldo una carta en la que me informaba que la Dirección del Partido había autorizado mi salida del país y me pedía que designara a la persona que debía sustituirme en la Secretaría General

durante el tiempo necesario para que la Dirección hiciera el nombramiento que correspondía. Yo dí respuesta a su carta y recuerdo que lo sugerí a él para que me sustituyera. Alguna confusión tiene el camarada Ferreto en su mente, porque yo nunca le escribí ningún mensaje detrás de la envoltura de una cajetilla de cigarros y menos desde el aeropuerto. Desde el momento en que llegué al aeropuerto mi situación se había puesto muy difícil. Al entrar no más al edificio, un grupo de matones me agarró y me metió violentamente en una oficina. El Embajador de México, que me acompañaba, se abrió paso junto con Roberto Fernández Durán, a quien nosotros llamábamos "Tatayito" y logró liberarme de mis agresores. Fernández Durán era el Jefe de la Escuadra que había sido escogida por Figueres para darme protección desde mi salida de la Embajada de México. Debo reconocer que cumplió con lealtad su misión.

El Embajador y Fernández me sacaron de la oficina a que he hecho referencia y me condujeron al avión, abriéndose campo por entre gentes apasionadas que me gritaban injurias. Está presente en mi memoria el Chino Rodríguez y su Compañera Cristina, quienes, sin temor a la multitud vociferante, ni a los sargentones, llegaron hasta donde yo estaba y me abrazaron. El Chino se quitó su pulsera de reloj y me la colocó en la muñeca. Como se comprende, es muy difícil que yo hubiera podido escribirle al camarada Ferreto en aquellas condiciones. La carta se la escribí desde la Embajada de México. Pero no me limité a contestar su carta, también le envié un largo informe para el Partido, cuya copia me fue fotografiada en Panamá.

Tanto el Embajador de México como yo, habíamos gestionado con la Junta de Gobierno, que para mi viaje se escogiera un vuelo en el que yo no tuviera necesidad de pasar por Nicaragua. Pero se hizo exactamente lo contrario. Se me mandó en un vuelo de la Pan American que venía de Panamá rumbo a México y que debía detenerse una hora en Nicaragua. Los sucesos que se produjeron después me salvaron de caer en manos de Somoza.

Tomamos asiento en el avión Carmen Lyra, Judith Ferreto y yo. Judith acompañaba a

Chavela como amiga y como enfermera. Una parte de los pasajeros que venían de Panamá, con destino a México, no subieron al avión, porque en el rato de permanencia en el aeropuerto se dieron cuenta, de que había la posibilidad de que se produjeran actos de violencia contra el avión. La nave arrancó y se dirigió hacia el extremo Oeste de la Sabana, o sea, al extremo de la pista. Aquí se detuvo unos minutos para calentar motores. Cuando comenzó a rodar, se observó que un grupo de gente armada que se había mantenido oculta en algún lugar, se acercaba rápidamente con el fin evidente de atacar. Efectivamente atacaron a tiros. El avión tuvo tiempo de levantarse un poco, pero los agresores siguieron disparando. Los tiros atravesaron la cabina del piloto, quien se salvo por casualidad. El motor del aparato fue dañado y una llanta estallada. El avión se elevó violentamente y un momento después el aviador me envió a un joven, que al parecer trabajaba como Sobrecargo a informarme que su obligación era aterrizar en el mismo aeropuerto de La Sabana, porque el avión estaba dañado, pero que en vista de que si actuaba de esa manera la vida mía corría peligro, había resuelto devolverse a Panamá y aterrizar en ese lugar. Este joven Sobrecargo me dijo que era costarricense y nieto de Magón<sup>16\*</sup>. Siempre me ha quedado la duda de si se trataría de Edmundo Gerli, ya que no conozco otro nieto de Magón.

En Panamá el avión aterrizó en un campo especial. Nos esperaban las autoridades yanquis con bombas contra incendios. Fui trasladado al Cuartel central de Panamá que comandaba el Coronel Remón. El traslado se hizo con acompañamiento de vehículos que tronaban las calles con sus sirenas. Carmen Lyra y Judith fueron alojados en una clínica. Con Remón tuve un serio incidente y fui encalabozado. El incidente se produjo porque no me dejé humillar por unos corresponsales yanquis. En la madrugada de ese día me buscó el Ministro de Gobierno de Panamá, quien me manifestó simpatía personal. Después de que conversamos me hizo sacar del calabozo y me ofreció gestionar mi salida del país.

En la mañana me trasladaron al aeropuerto donde me encontré con Judith y Chavela que esperaban<sup>17\*</sup>. Nos embarcaron hacia Cuba. En

Cuba también se me tuvo preso. En un calabozo del aeropuerto me mantuvieron unas cuantas horas hasta que me visitó el Diputado Manolo Luzardo y me saludó en nombre del Partido. Me informó que estaban haciendo gestiones para que me enviara a México. Efectivamente, al día siguiente volamos a México.

Sólo me resta recordar que el Gobierno de Otilio Ulate tuvo que pagar, no se si total o parcialmente el avión de la Pan American.

Prácticamente me he limitado a hacer una relación resumida de los hechos tal como ellos ocurrieron. Muchos de los testigos que he citado viven todavía. Ahora se me ocurre que es útil que trate yo de recavar sus testimonios. Lo intentaré.

28 de abril de 1981  
San Pedro de Montes de Oca.

## NOTAS

1. Adelante: Periódico del Partido Vanguardia Popular desde su ilegalidad en 1948.
2. Constitución de la conocida Legión del Caribe.
3. Tavío: militar de origen cubano traído por la Central de Inteligencia Americana.
4. Probablemente Monseñor Víctor Manuel Sanabria.
5. Conocida como marcha fantasma.
6. Hubo resistencia desde el cuartel militar por varios días y por francotiradores, muchos muertos.
7. Fuera de ley desde el final de la guerra civil.
8. Filmación de 1980 "El Pacto de Ochomogo" de Víctor Ramírez.
9. Locales ubicados donde hoy se encuentra el Instituto Nacional de Seguros.
10. 24 de abril de 1948.
11. Sus memorias se encuentran en una copia en Archivos Nacionales.
12. También conocidos como "glostoras" o "medallitas" en relación con modas de hombres jóvenes.
13. La Embajada mexicana ocupa la misma sede actual, Avenida 6.
14. La casa de Carmen Lyra quedaba 200 metros al Oeste de la Embajada Mexicana.
15. Conocido escritor costarricense Manuel González.
16. Judith Ferreto y María Isabel Carvajal conocida como Carmen Lyra.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Aguilar Bulgarelli. 1969. *Costa Rica y sus Hechos Políticos de 1948*. San José: Editorial Costa Rica
- Díaz Arias David. 2003. *Reforma sin alianza, discursos transformados, interés electoral triunfos dudosos*, Editorial Universidad de Costa Rica.
- Barahona Riera Macarena. 1994. *Las sufragistas de Costa Rica*, Editorial Universidad de Costa Rica.
- Cerdas Cruz Rodolfo. 1986. *La Hoz y el machete*. Costa Rica. Editorial, Universidad Estatal a Distancia.
- Cerdas Mora Jaime. 1993. *La otra vanguardia*, Editorial Universidad Estatal a Distancia .
- Mora Valverde Manuel. 1979. *Discursos*. Costa Rica. Editorial Pablo Presvere.
- Oliva Mario. 1997. *Movimientos Sociales de Costa Rica*. Costa Rica. Editorial, Universidad Estatal a Distancia.
- Picado Teodoro. 2001. *Teodoro Picado Memorias*, Costa Rica. Editorial Universidad Estatal a Distancia .
- Soto Harrison Fernando. 1995. *Qué pasó en los años 40*. Costa Rica. Universidad Estatal a Distancia.